

## **Vigésimo Segundo Domingo del TO B2024**

Permítanme comenzar esta homilía con una observación. A todos nos gustan la gente que es sincera consigo misma, es decir, aquella que no cambian su actitud a cada tiempo"; aquella que no muestra una cara por la mañana y otra por la noche. Admiramos a aquellos cuyo comportamiento y palabras realmente coinciden con lo que son en el interior. Estas son personas que realmente son interiormente lo que aparentan ser por fuera. A estas personas las llamamos auténticas.

Por el contrario, nos desagradan e incluso evitamos a aquellos que no son auténticos, es decir, las personas que cambian fácilmente su actitud y son poco fiables. Estas son personas que usan el encanto, la mentira y la manipulación para conseguir lo que quieren y llegar a donde quieren estar. La forma en que se ven desde el exterior no es lo que son en el interior.

A la mayoría de los feligreses y a muchos de nosotros nos gustaría pensar que somos auténticos. Sin embargo, incluso los mejores de nosotros fallamos con demasiada frecuencia. Fallamos porque no siempre somos completamente honestos con nosotros mismos. Pasamos por alto cosas que deberían causarnos preocupación en lo más profundo de nuestro ser. Nos convencemos de que nuestras oraciones y devociones compensan el duro trabajo del cambio real.

Las lecturas de hoy arrojan luz sobre lo que tenemos que considerar seriamente para ser veraces con nosotros mismos y auténticos ante Dios y nuestros semejantes. En la primera lectura, Dios, por boca de Moisés, le dijo al Pueblo de Israel que su supervivencia y crecimiento dependían de su comportamiento. Les dio los Diez Mandamientos y muchas otras directivas que asegurarían su bienestar futuro. También les dijo que no debían añadir ni quitar nada a esas leyes.

Por la historia, sabemos que cuando fueron fieles, las cosas les fueron bien y prosperaron. Pero, cuando fueron infieles, siempre sufrieron desastres personales y nacionales. Cuando estaban en el exilio, no solo sufrieron tragedias, sino que incluso olvidaron los mandamientos de Dios.

Es aquí donde entran en juego los fariseos. Los fariseos eran los maestros de la Ley. Al principio, ayudaron mucho al pueblo a reconectarse con Dios. Restablecieron los Mandamientos y las leyes de Dios que se habían perdido y olvidado durante el exilio. Sin embargo, con el paso de los años y las generaciones posteriores, los fariseos comenzaron a añadir otros requisitos a las prescripciones de la Ley. En tiempos de Jesús, habían añadido algo así como 1500 nuevas obligaciones a lo que Dios había decretado originalmente. Con eso, hicieron imposible que la persona promedio viviera una vida normal y cotidiana.

Sin embargo, los fariseos se enorgullecían de cumplir con todos los nuevos detalles. Al mismo tiempo, a menudo descuidaban las leyes verdaderamente importantes de Dios. Como todo eso no era suficiente, rápidamente condenaban a cualquiera que viviera de manera diferente a la que ellos prescribían.

Esta es la razón por la que Jesús los desafió en el Evangelio de hoy cuando criticaban a sus discípulos por el lavado de manos. Al hacer eso, ¡eran hipócritas! “Honraban a Dios con los labios, pero su corazón estaba lejos de Él”. ¡Su adoración era inútil porque vivían según los preceptos y la tradición humana y no según la Ley de Dios!

Ese momento de desafío fue también para Jesús una oportunidad de enseñarnos acerca de los pecados interiores que a menudo residen en el corazón humano. Estos son pecados que nos avergüenzan cuando aparecen en nuestro comportamiento personal. Son las cosas que revelan nuestra falta de integridad y veracidad. Son las cosas que no nos gusta admitir acerca de nosotros mismos, pero que, no obstante, son parte de nosotros.

Como discípulos de Jesús, debemos reconocer nuestras faltas y pecados internos y ocultos. Debemos ser más honestos con nosotros mismos acerca de nosotros mismos. Y debemos ser completamente honestos con Dios. Dios nos ve y nos conoce por quiénes y qué somos realmente. No puede haber mascaradas ante Dios. Además, la luz brillante de la verdad de Dios, Su gracia y Su amor revelan la verdad que, tan a menudo, negamos. Como dice nuestro Señor, “La verdad los hará libres”.

Si podemos responder a la luz de Dios, podemos ser más auténticos y veraces con nosotros mismos. Podemos ver la verdad y la locura de nuestras faltas y pecados. Podemos descubrir su origen dentro de nosotros. Podemos confesar estos pecados en el Sacramento de la Reconciliación. Podemos disculparnos con aquellos a quienes hemos herido con nuestra conducta. Incluso podemos expiar algunas de las malas acciones con buenas obras positivas. Algunas de ellas se mencionan en la Carta de Santiago. Son actos de auténtica generosidad para con los más pobres, desfavorecidos e indefensos de nuestra ciudad, nuestra nación y nuestro mundo.

Por eso, oremos para que Dios nos revele su luz, su gracia y su amor. Que seamos “hacedores de la palabra de Dios y no meros oidores”. ¡Y que cada día seamos más auténticos como Cristo!

(Adaptada de la homilía de Monseñor Russell Terra, 01 Septiembre, 2024).

**Deutero 4:1-2, 6-89; Santiago 1:17-18, 21b-22, 27; Marcos 7:1-8 14-15, 21-23**



Fecha de la Homilía: el 01 de Septiembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20240901homilia.pdf